

30

Colección  
Ciencias Sociales



# Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama  
Compiladoras



**UPB**

Universidad Pontificia Bolivariana

Mesa, Clara Cecilia, compilador

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo / Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama. Compiladores -- 1 edición-- Medellín: UPB. 2024 -- 253 páginas - (Colección Ciencias Sociales, 30) ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

1. Teoría psicoanalítica 2. Políticas y debates culturales 3. Psicoanálisis lacaniano

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

**Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo**

ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-120-8>

Primera edición, 2024

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI: Grupo de investigación: Grupo de Investigación en Psicología (GIP).

Proyecto: Las pasiones políticas desde una mirada psicoanalítica.

Radicado: 326C-11/18-10.

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Ciencias Sociales:** Omar Muñoz Sánchez

**Directora de la Facultad de Psicología:** María Paula Valderrama López

**Coordinadora (e) Editorial UPB:** Maricela Gómez Vargas

**Revisión editorial:** Mariaclara Olaya

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Diana Patricia Carmona Hernández

**Fotos portada:** Fragmentos de *El infierno musical de El jardín de las delicias* de Jerónimo Bosco, 1490 o 1500. Licencia Creative Commons.

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Medellín - Colombia

**Radicado:** 2289-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

## La pregunta por la política del psicoanalista

**Gabriel Lombardi**  
[gabrielombardi@gmail.com](mailto:gabrielombardi@gmail.com)

Psicoanalista. AME e integrante en dos períodos de la Comisión Internacional de la Garantía de la Escuela de los Foros del Campo Lacaniano.

Médico de la Universidad de Buenos Aires. Doctor en Psicología de la UBA. Profesor titular regular de Clínica Psicológica de Adultos, UBA. Director del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología, UBA.

— *When shall we three meet again  
In thunder, lightning, or in rain?  
— When the hurlyburly's done,  
When the battle's lost and won.*  
Shakespeare, *Macbeth* (escena 1).



Durante los últimos años escuché a muchos psicoanalistas argumentar a favor y en contra, y más en contra que a favor, de opciones políticas cada vez más reducidas a una alternativa alienante del tipo “la bolsa o la vida”. Habiendo participado activamente en política en una época en que la alternativa era más bien “la libertad o la muerte”, me encuentro ahora decepcionado por la gente que entonces nos “conducía”. Varios de ellos colaboraron, en el sentido francés del término, obtuvieron dineros e inmunidad, mientras que otros compañeros murieron. Por indecisión o por suerte, pude “desaparecer” temporariamente y luego volver a la ciudad, donde encontré la opción del análisis, hasta que mi propia analista debió exiliarse.

He estudiado, reflexionado y escrito sobre las elecciones del ser hablante y, en consecuencia, desconfío de las elecciones forzadas, aquellas que se plantean desde el yo, desde sus ideales o desde sus metonimias de fantasía; no me interesa ya el masoquismo redentor, sea cristiano o revolucionario. Por eso mismo no voy a hablar ahora de la versión 2020 del *hurlyburly* argentino, no voy a decir si prefiero a los populistas corruptos o a los neoliberales vendepatria, ni voy a ubicarme en el “narco teórico” en el que algunos amigos reiteran el cínico simposio rioplatense, en sobremesa de carne y vino tinto. El relato (el “verso”) y la crítica, como la amistad, son deportes argentinos, y la palabra en estos pagos carece de valor contractual. Los gobiernos nos han enseñado a estar en deuda, y, además, a no cumplir con las obligaciones contraídas, con la devaluación consecuente de lo que valen la palabra y el dinero. Consecuentemente, lo que se diga en el simposio del “malbec” no tiene mucha incidencia en las decisiones que realmente cuentan en el nivel local e incluso personal; sin embargo, esas disputas de alto vuelo emotivo suelen tener alguna eficacia negativa: las amistades se deterioran, los lazos familiares se

resienten, los encuentros de fin de semana se enrarecen –usualmente no mucho más–.

Por otra parte, de vez en cuando me toca recibir a unos y otros en mi consultorio, incluso a los mismos que se acuchillaron el domingo pasado en acalorado debate –porque un debate sobre política debe ser acalorado, Flaubert básico–. Que los reciba como analista puede ocurrir por casualidad o por recomendación entre ellos, en el estilo “andá a hacerte ver”. Bastaría con ese dato para justificar mi abstención en cuanto a política argentina y particularmente en el ámbito analítico. Me parece más interesante, sin embargo, recordar algunas referencias que permiten reflexionar sobre la pregunta por la posición del analista en política.

Recordemos, en primer lugar, que el término no se reduce a la disputa ideológica, sino que, por el contrario, “política” fue, en primer lugar, la elaboración genial del griego sobre los lazos sociales, por fuera de toda disputa ideológica y considerando sus limitaciones e imposibilidades.

El inglés Donald Winnicott propuso estudiar la sustancia de la ilusión en los juegos e interacciones del niño, pero también en aquello que continúa la actividad lúdica en el adulto; por ejemplo, el arte, que es materia del *juicio estético*, y la filosofía, que opina sobre el ser, sobre Dios y el sentido de la vida, y que, por lo tanto, concierne al *juicio teleológico* sobre los fines, hacia dónde vamos. Propongo añadir a ese listado ejemplar el debate político en los simposios argentinos que conciernen al ámbito local, al bolsillo, y enfocan particularmente el *juicio del vecino*. Winnicott sostiene que cuando un adulto exige demasiado de la credulidad de los demás, cuando los compele a aceptar una idea que no les es propia, se puede discernir allí el sello de la locura. La posición de varios grandes líderes del siglo xx agigantó ese sello de manera brutal con efectos sobre el mundo entero. Menguado por el resultado de grandes y pequeñas guerras, lo encontramos ahora en las libaciones patrias: “La Patria no es de nadie, la patria es de todos”, leemos en letras luminosas sobre el frontispicio del CCK, pero, ¿cómo interpretarlo? Ese todos, ese universal siniestro, no concierne a la clínica, como tampoco la “*cancellation*” de las opiniones que se apartan de lo “políticamente correcto”. Encontramos ejemplos recientes, no solo en periódicos argentinos, también en el *New York Times*.

Elogiando o criticando, pero en cualquier caso apoyándose en Winnicott, Lacan introdujo su noción de acto analítico. Podemos resumirla del siguiente modo: para autorizarse, el analista debe pagar con palabras en la interpretación y con su propia persona en la transferencia. Pero, además, y, sobre todo, debe pagar con lo que está en el núcleo de su ser: su juicio más íntimo. Desde esa perspectiva, el analista no selecciona a sus pacientes por su elevación o bajeza moral, por su ideología de izquierda o de derecha, ni se persigna con los gestos que resumirían esas cuatro posiciones. No escoge por ideología ni por sufragio, porque en su práctica sus convicciones personales no interesan. Más bien lo contrario, lo que importa es la certeza con que puede dejar de lado sus opiniones y convicciones para hacer lugar al fuero íntimo de Otro sujeto, a lo que para el sujeto que consulta es su perspectiva personal de la realidad, la suya, la única que interesa.

Avanzando un paso más en esta perspectiva radical, que es la que otorga a la clínica analítica un fundamento ético, me resulta evidente que del lado del analista como causa del deseo las convicciones o afinidades políticas no deberían incidir. Y, a decir verdad, del lado del analizante tampoco, ya que no son sus convicciones decididas las que permiten el trabajo analítico, sino aquellos puntos en los que su juicio está dividido, eso que desde Freud llamamos síntoma. Defino al síntoma, escrito como usualmente, sin la “h” de los lacanianos de los últimos días, como ese *desacuerdo del sujeto consigo mismo*, tan bien descrito en las primeras elaboraciones etiológicas del psicoanálisis —que permitieron a Freud aprovechar, de un modo efectivamente practicable, la causalidad por libertad, sin terror ni necesidad de devastar el entorno familiar, vecinal, regional, nacional o mundial—. Se trata del sujeto confrontado con lo que le gusta o lo que quiere en su fuero íntimo, ese que viene a revisar en el encuentro con el deseo del analista, deseo de la diferencia absoluta, no relativa a la demanda del Otro.

Lacan llamó destitución subjetiva al *efecto de ser* del análisis, beneficio terapéutico y saludable, sin duda, porque cura de la división subjetiva (\$) que es la forma-síntoma de ser hablante; *efecto didáctico* también cuando hace posible al analizado ocupar otro lugar, si es que le interesa, y le entusiasma a actuar como causa del deseo de un nuevo analizante, imprescindible para el ejercicio de la posición y de la práctica eficaz del analista en tanto tal —analista es, hablando con propiedad, quien se des-sujeta—.

Esa destitución concierne al núcleo decisorio del hablante y puede ser situada en la trascendencia lateral que el lenguaje ofrece al *parlêtre*. Me refiero a esa desconexión de toda necesidad (biológica, cultural, política e incluso pulsional) que la estructura, por ser de lenguaje, hace posible, permitiendo al hablante migrar del registro del automatismo alienante a la opción separadora, salir de lo necesario al encuentro de lo contingente. Es, gracias a la estructura, efecto de lenguaje, que la elección es posible —y que es posible en *cualquier* circunstancia, por más alienante que parezca, según afirman, con fundamentaciones diferentes, tanto Sartre como Lacan—. Los ejemplos de Antígona y de Boecio son paradigmáticos, pero no son los únicos.

Ese núcleo del ser puede ser situado gramaticalmente en la imposibilidad de una relación fija entre el sujeto y todo lo que de él pueda predicarse en esa articulación donde el verbo *ser* funciona como pseudo-cópula, ese lugar de repetición donde Aristóteles supo ubicar la ουσία (causa primera) por intervalo. Lacan coincide con Étienne Gilson en que Aristóteles no definió la ουσία, sino que la situó, “genialmente”, por intervalo. El griego lo produjo con el instrumento que es su lógica, ese *órganon* que permite, gracias al lugar vacío anotado con una letra, decir *algo* con la ayuda del lenguaje, algo engarzado en un real exterior al lenguaje.

El análisis demuestra hasta qué punto la definición althusseriana de ideología, “la relación imaginaria con las condiciones reales de existencia”<sup>1</sup>, es claramente superestructural en términos marxistas y digna de la escoba instrumental con que Lacan barre, al mismo tiempo, la imaginería y la agresividad que entorpecen el análisis.

Podemos apreciar, también aquí, la incidencia en la historia del factor Clístenes {Κλεισθένης}, aquel griego que unos 500 años antes de Cristo impulsó la democracia ateniense a partir del principio básico de isonomía o igualdad de los ciudadanos ante la ley. Dando toda su importancia al voto personal, relativizaba los derechos de la herencia y de la riqueza que la reforma previa, impulsada por Solón, no había logrado conmovier. Es el factor que habilitó la libertad con que Sócrates pudo interrogar al amo, Alcibíades, por ejemplo, e hizo posible la idea apresurada con la que Platón intentó salvar al amo,

1 Louis Althusser, *Idéologie et appareils idéologiques d'État* (Paris: Les Éditions Sociales, 1976), 41.



y también la lógica aristotélica en que se formó un nuevo amo cuyo retorno, más eficaz y con un nuevo instrumento, el cuantificador “para todos”, hizo posible la rápida y lenta helenización del mundo.

Mi práctica como analista, que no es vacilante en cuanto a la ubicación del síntoma, es, por eso mismo, prescindente en cuanto a opinión política. Destaquemos, sin embargo, que ella es factible y de ella puedo hablar porque vivimos en un país donde, cada dos años, tenemos el derecho a votar nuevamente.

Me agradaría que no se considere esta ponencia como un mero ensayo, sino una reflexión que compendia decenios de elaboración ética. A veces la ética y la ciencia convergen, precisamente cuando la ciencia no excluye la división subjetiva ni sus condiciones de producción. Más difícil resulta, en cambio, que tal ciencia coincida con la ideología, por llevar esta en sus entrañas, camuflado por su pureza exterior, el juicio previo, el prejuicio que en ella supieron discernir tanto Marx como Lacan. Si no se atenúan sus consecuencias, el análisis resulta ser un buen tratamiento de los prejuicios.

Recordemos que Aristóteles estableció en su *Política*:  $\alpha\lambda\lambda\ \alpha\ \nu\theta\rho\omega\pi\omicron\varsigma\ \varphi\omicron\sigma\epsilon\iota\ \pi\omicron\lambda\iota\tau\iota\kappa\alpha\ \nu\zeta\omicron\nu\varsigma$ ; traducimos imperfectamente: el hombre es político  $\varphi\omicron\sigma\epsilon\iota$  –“por naturaleza”–. Lo es efectivamente, y todavía. Nacido por obra y gracia del lenguaje, el hombre vive en el lazo social. De modo que no necesita declamaciones ardientes ni ásperos debates para hacer política de la mejor especie, es decir, lazo social, sin necesidad de restringir su participación como *polítes*, ciudadano, en los ejercicios de tensión agresiva que caracterizan a la disputa bipolar de nuestros días.



La ideología y la posición política en la charla de amigos/enemigos no me resultan, decía, muy relevantes en lo concerniente al deseo del analista, que apunta a la diferencia absoluta, diferencia de sí a sí. Es la posición respecto de ceder en el juicio íntimo lo que sí importa y, justamente, por exigir una ética que lo trasciende, ¿qué puede querer decir “pagar con su juicio íntimo”?; ¿qué lecturas diversas admite esa bizarra expresión de Lacan?



Muchos trabajos han sido presentados por los lacanianos sobre el “pagar con palabras” en la interpretación y sobre el “pagar con su persona” en la maniobra de la transferencia, muy poco se ha dicho, en cambio, sobre cómo el analista ha de “pagar con su juicio íntimo”, cuestión introducida en “La dirección de la cura”<sup>2</sup> bajo el subtítulo: “Cómo actuar con el propio ser”.

En este punto se plantean al menos dos preguntas que fueron para mí líneas de investigación bibliográfica y clínica. La primera es la que acabo de enunciar, ¿qué quiere decir “pagar con su juicio íntimo”? , esto es, ¿qué acepciones admite esa expresión que encontramos algunas veces en Lacan?, ¿cómo se hace efectivo ese pago en las experiencias concretas del análisis? La segunda es ¿de qué modos inciden en el proceso analítico las dificultades del analista para efectuar ese pago?, tales dificultades, acaso insalvables, que constituyen seguramente un obstáculo, ¿cumplen alguna función en la cura?, y más particularmente, ¿inciden en el fin de la cura –adelanto una hipótesis– acaso como desencadenante de su terminación?

## Qué quiere decir pagar con el juicio íntimo

Cuando leí esa expresión de Lacan pensé, inicialmente, que se refería a que el analista ha de vencer sus prejuicios y preferencias personales, pagar con su juicio estético, el juicio sobre el que Kant desarrolló la primera parte de su *Crítica del juicio*, que se funda en su reflexión sobre el gusto. La necesidad de ese pago, el del *juicio estético*, fue introducida por Freud y ningún analista podría desdeñarla, al menos en teoría: no deberían prevalecer los gustos personales cuando el sujeto en análisis es otro. Por supuesto que hay gustos o preferencias personales, siempre, del lado del analista; por ejemplo, personalmente tolero, sin mayores problemas, a jóvenes psicóticos de derecha, extremistas divertidos, pero tengo más dificultades con los neuróticos de derecha; o prefiero los neuróticos de izquierda, al menos no son tan aburridos ni tan canalleros, tomados de a uno.

---

2 Jacques Lacan, “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2* (México: Siglo XXI Editores, 2009), 559.

Cuanto mejor analizado esté el analista, más fuertemente experimentará sus preferencias, el deseo de acostarse con su analizante o de echarlo a patadas, según el caso (ejemplos que da el propio Lacan en su seminario *La transferencia*), y también de convencerlo en materia política, ideológica filosófica, religiosa (a cuál escuela de psicoanálisis debería afiliarse). Pero para que haya análisis, ha de prevalecer un deseo más fuerte, el deseo del analista, que es de Otra cosa.

Por supuesto, entonces, que el analista ha de pagar con su juicio estético, en los términos kantianos donde la política es una rama de la estética. Así entendí durante un tiempo la propuesta de Lacan de “pagar con el juicio íntimo”, pero luego advertí con sorpresa que Lacan se refiere a *otra* cosa, más sustancial para la ética del psicoanálisis: el analista debe pagar también, y, sobre todo, con *su juicio teleológico* en cuanto al acto que sustenta. Porque le exige desconocer el fin del proceso que ese mismo acto autoriza y promueve en las diferentes acepciones del término fin: el sentido, el hacia dónde, el hasta cuándo, el bien a obtener. Se refiere así a la segunda mitad de la *Crítica del juicio*. La apuesta del analista consiste en causar el trabajo analítico sin saber hacia dónde lleva, cuándo y de qué modo el analizado aprovechará el plus de libertad que de allí obtenga.

Una parte del sentido de su acción escapa, entonces, al analista por la estructura misma de su acto. El sentido de una *dirección de la cura* cambia totalmente a partir de allí. Para “dirigir” la cura, “hay que seguir el deseo a la letra”, que es el título del quinto capítulo del texto aludido, lo cual da una idea de las limitaciones que implica, en cuanto a los fines, un tratamiento basado en la regla fundamental freudiana. Seguir de *sequor*, incluso de *ob-audire*, hay una cierta obediencia en la escucha analítica, obediencia transitoria, que dura lo que una sesión. Luego el analista escucha a otro, o a sus propias voces (esas que se camuflan en la palabra “pensamientos”).

El acto del analista es esencialmente el de autorizar el despliegue de un saber inconsciente al que él no tiene acceso si no en segundo término, *siguiendo* el discurso del analizante. Para llevar su acción al corazón del ser, del que hablaba Freud en su *Traumdeutung*, el analista ha de tolerar desconocer las consecuencias del proceso que ha puesto en marcha y lo que siga a esas consecuencias: las decisiones, las posiciones, los actos que tome el analizado a partir de los resultados de su tratamiento. El aferrarse definitivo al síntoma, el desamor, la traición, la separación, la cura por amor, el cambio de bando, nada de eso está

excluido en principio de las opciones que el camino analítico puede abrir. Habrá otras salidas, tal vez menos execrables o más próximas a las preferencias del analista —el jugarse por algún deseo que permite sublimar lo pulsional, el entusiasmo analítico, o lo que fuere—, pero el juicio que cuenta en eso no es el suyo.

Ya en Freud encontramos indicaciones sobre este pagar con el juicio íntimo, cuando en “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” explica la diferencia entre la dirección de conciencia y la dirección del análisis:

El padre pregunta demasiado y explora siguiendo sus propios designios, en vez de dejar expresarse al niño mismo. Por eso el análisis se vuelve opaco e incierto. Hans anda por su camino y no rinde cuando se le quiere sonsacar algo por fuera de él. (...) Al lector que todavía no haya hecho él mismo un análisis, solo puedo aconsejarle no querer comprenderlo todo enseguida, sino prestar a todo cuanto suceda una cierta atención neutral y esperar lo que sigue<sup>3</sup>.

En la siguiente sesión, Hans continúa con su juego de exploración del inconsciente mediante sus propias asociaciones, con las que de paso ironiza sobre los intentos del padre de explicar el vínculo del niño con el padre. Hans se burla con metáforas de muñeca y cuchi-lito, de cigüeña, de gallinas, de huevo y de gallina otra vez, y resulta entonces que el padre-gallina puso un huevo, y él mismo dice luego haber puesto un huevo. Freud comenta: “Con un golpe audaz, Hans se ha apropiado de la dirección del análisis”<sup>4</sup>.

El analizante no solo elige los caminos, también la terminación del proceso analítico. El acto de dar por concluido el análisis, la oportunidad de hacerlo, la modalidad, la satisfacción que le es inherente, nada de eso es previsible para el analista; intentar calcularlo *sería un error de cálculo*. Aun si es un final didáctico, de esos que implican para el analizado el acceso a la posición de analista, ese final y ese acceso no son el resultado automático del procedimiento analítico. Plantearlo como resultado automático sería una aberración ética y

---

3 Sigmund Freud, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”, en *Obras completas*, Vol. X (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 55.

4 *Ibid.*, 72.

un desconocimiento de la lógica de la cosa, un desconocimiento del “abrupto lógico” en el que se funda un acto. Para ubicar el acto analítico necesitamos apoyarnos en los resultados contundentes del filósofo inglés John Austin, quien estudiando los *speech acts*, concluyó que *el acto supone una ruptura de la cadena causal, que no hay acto que pueda ser consecuencia de otro acto*. El analista puede entonces acompañar al analizante hasta la puerta de su acto, pero no realizarlo por él, según la precisa alegoría de Lacan. El corte final es del analizado y no del analista. La idea de alta médica no tiene sentido en psicoanálisis. La idea del pase en una escuela de psicoanálisis viene a suplir esa carencia, la falta de una teoría del final, que repercute en la falta de una teoría del principio, del principio del acto analítico, por el cual el analista solo se autoriza en sí mismo a partir de los resultados de su análisis... y algo más.

Recapitulando, la verdadera dirección de la cura está en la respuesta del analizante, quien solo puede curarse analíticamente cuando el saber del analista cae para él como mero desecho del saber, como objeto *a* cuya función velada ha sido la de sostener su deseo de analizante, y su caída ya evidente es causa de la decisión final del analizado, al que se reserva la última palabra.

## El control del acto por el analizante, el supervisor y la Escuela

Si bien la idea de pagar con el juicio íntimo puede parecer sencilla, implica el más alto costo en la práctica del analista. Más que con la interpretación, más que con la persona con que paga para asumir el significante-máscara que le cabe en la transferencia, el analista paga con su ser, y no solo con la carencia de ser que puede hacer valer como deseo; también debe aportar su presencia silente, su *ser-ahí* efectivamente en cada encuentro propiamente analítico, en general sin opinar desde el juicio personal. Ese pago ha de hacerlo en la modalidad de una escucha abierta que vira hacia la pura presencia, sin definición, sin esencia, depurada de los atributos, de los prejuicios y de los juicios subjetivos que emerjan en su conciencia. Si alguna esencia corresponde a esa presencia, es la que toma del deseo; esencia spinoziana, paradójica, que otorga al analista, para su analizante, el aspecto y la consistencia lógica de un objeto *a*, un *objeto no deseable, sino deseante no subjetivo*, que viene a operar como *causa* del deseo.

Se entiende, así, la necesidad de un análisis previo para acceder a la posición del analista, se entiende también la condición de una *destitución subjetiva* que implica esa depuración del ser de sus atributos, de sus juicios y de sus tiempos, lo cual para un “sujeto” resultaría imposible de soportar. Así ubicada, *la presencia del analista prueba por sí sola que hay más posibilidades de ser para el ser hablante que el ser sujeto.*

Se debe oponer nítidamente la división subjetiva \$ que caracteriza la posición del analizante a la destitución subjetiva del analista. La distinción es decisiva, pero merece una salvedad: que esa destitución subjetiva, en la que el analista sostiene tanto su acto como su integridad ética, no será jamás una posición asegurada ni para siempre. Hay que renovarla cada vez, en acto. Justamente por instalarse en lo imposible de soportar, la clínica psicoanalítica se apoya en esa presencia destituida cada vez, y por eso implica cuestionar al analista, no dejarlo tranquilo en sus títulos, en su experiencia ya hecha y consolidada, en su saber ya construido sobre el caso, porque allí el analista ya está ausente, es un semblante que tal vez pueda tener eficacia sugestiva, pero no analítica. La posición del profesor se revalida por concurso cada 7 años, la del psicoterapeuta cada ocho sesiones, si autoriza la obra social, la del didacta de la IPA es vitalicia, la del analista lacaniano ha de revalidarse cada vez, en cada sesión.

La perspectiva desde la cual Lacan funda su Escuela implica poner al analista en el banquillo, en el taburete del *reus* (cosa a ser juzgada), y también ponerse él mismo en ese banquillo, como acusado, testigo o enseñante, *reus* en cualquier caso, para intentar dar cuenta de su obrar específico en lo que tiene de *hasardeux*, de azaroso, o mejor, de arriesgado, justamente por ese *no saber teleológico* sobre las consecuencias del análisis y sobre *ses suites*, lo que siga a ellas. El acto analítico, por su estructura misma, es una respuesta meramente incoativa, de puesta en marcha e incitación de un proceso cuyo destino se desconoce.

Y, sin embargo, por cuanto sostiene una ética, el psicoanálisis implica un juicio sobre su acto. De allí que el control del acto analítico “se impone”, en palabras de Lacan, y que, de hecho, surgen en la historia del psicoanálisis diversas instancias clínicas para interrogar ese *actuar sin saber* que le es inherente. La ignorancia ha de ser prudente, el no saber ha de compensarse con la escucha, la clínica ha de basarse en lo que el diálogo analítico permite deducir a partir de las

reacciones del analizante, cuyo deseo puede ser *seguido* “a la letra” en sus asociaciones, en sus transferencias, en sus actos. Lacan reservó el término *Verleugnung*, que nunca empleó para la perversión, para designar el desconocimiento por parte del analista de su acto, de la audacia que requiere, del rigor con que lo confronta. Interrogarlo sobre sus razones, sobre su versión de lo que viene ocurriendo en tal o cual caso, es un modo de contrarrestar ese efecto de *Verleugnung*.

En ese plano teleológico de la cura, el analista paga con su juicio íntimo ¡y además debe responder por lo que hace!, mientras que el analizante dice lo que se le antoja y no será enjuiciado por su analista. Tremenda asimetría.

En los diferentes dispositivos clínicos en que participa, el analista recibe una ayuda para controlar la pertinencia de lo actuado. En el *dispositivo analítico* mismo, el analizante –paradoja en acto que interroga las respuestas del analista– es, en sí mismo, un primer control, un primer garante de que el deseo del analista se renueve en una destitución actualizada, de que el analista no se mantenga en la posición fija, en la satisfacción boba de lo ya sabido, inaplicable al ser cuya existencia decisoria es exterior a todo saber. El analista puede decir lo que quiera en la interpretación, a condición de pagar con su persona en la reacción transferencial que suscite. Puede permitirse ciertas maniobras en la transferencia, vacilaciones calculadas o no tan calculadas en la neutralidad, a condición de someterse estrictamente a las posiciones subjetivas con que el analizante responde, deponiendo todo juicio correctivo, aprobatorio o reprobatorio, todo juicio religioso, de absolución o de condena, todo juicio terapéutico, de mejoría o de reacción terapéutica negativa. No es que el analista no pueda opinar, no hablo de una regla técnica, sino de esa política del ser en que se juega su respuesta fundamental. Por eso el analista “está siempre a merced del analizante, ya que este nada puede ahorrarle si tropieza como psicoanalista, y si no tropieza, menos aún”, según se expresa Lacan en su “Discurso a la Escuela Freudiana de París”<sup>5</sup>.

En ese mismo discurso, Lacan sugiere también que el *dispositivo del control o supervisión* se impone en aquellos casos en que el sujeto es superado por su acto, y no tanto porque ese acto resulte ineficaz, sino

5 Jacques Lacan, “Discurso a la Escuela Freudiana de París”, en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 279.

en la medida en que no advierte o no tolera su eficacia. La fuerza del dispositivo freudiano es tal que casi cualquier intervención del analista despierta reacciones asociativas, sintomáticas, transferenciales, cuya aprehensión clínica escapa al analista, acaso porque encuentra allí lo que en tanto sujeto no puede soportar. Esas asociaciones, esas respuestas transferenciales, esas reproducciones del desgarramiento subjetivo del analizante exigen de él pagos que cuesta efectuar. Y tanto más, estrictamente le serán exigidos cuanto mejor analista sea, y cuanto más sostenga el tratamiento en el tramo conclusivo.

Por todo lo dicho, es claro que la ética del análisis va en contra de la canallería normal del terapeuta, del sanador, del cura, esa canallería consistente en saber manipular las teclas, el inconsciente del sujeto que consulta, saber hacia dónde dirigirlo. Desde esta perspectiva, la sugestión es un caso de canallería, y la transferencia positiva inducida y mantenida por el analista, como indicó Freud, también queda bajo sospecha. Por eso a la Escuela le interesa además focalizar, no solo el tratamiento y su final, sino también ese momento peculiar que es un acto propio de analizado, el que ubica en el pase de analizante dividido a analista destituido y deseante.

La segunda línea de preguntas que planteo refiere a la puesta a prueba por parte del analizante de las dificultades del analista para realizar ese pago. Más precisamente, ¿de qué modos incide en el proceso analítico la dificultad del analista para efectuar ese pago frente a diferentes tipos clínicos de síntoma? En párrafos concisos, Lacan afirma que el psicoanalista está siempre a merced del analizante, que este no puede ahorrarle nada si él tropieza como psicoanalista, y si no tropieza, menos aún —leíamos en el *Discurso a la Escuela Freudiana de París*<sup>6</sup>—.

## La política del neurótico en referencia al juicio del analista

Nuestra segunda pregunta es de qué modos incide en el proceso analítico la dificultad del analista para efectuar ese pago, qué clase de obstáculo representa para el análisis y de qué modo incide esa dificultad en el fin de la cura, y acaso en su terminación. Comencemos

---

6 Ibíd.



por señalar que existen políticas típicas del analizante en relación con el juicio del analista. También en esta materia se puede constatar la diferencia entre esas variantes clínicas del síntoma que son la neurosis, la psicosis y la perversión.

Conrad Stein escribió un artículo sobre el juicio del analista en el que advierte que el neurótico quiere ser reconocido como culpable de masturbación, por ejemplo. Ese reconocimiento tal vez lo aliviaría, argumenta, pero no corresponde al analista otorgarle tal reconocimiento. Tampoco le corresponde absolverlo, no es concebible que el paciente cure porque lo que él tenía por un pecado resulte ser, en verdad, una descarga benigna y natural: el analista que quiere desculpabilizar al analizado se expone al reproche de fallar en su misión, dice Stein, y dice bien. Añadamos a modo de comentario que si la masturbación culpabiliza no es por satisfacer más o menos, sino por lo que su descarga tiene de corto-circuito, de renuncia, de satisfacción que evita el encuentro con el deseo del Otro —y con lo que ese encuentro implica de realización del deseo propio, ese deseo radical e indestructible que se frustra en las realizaciones de mera fantasía—.

La política neurótica de solicitud o espera del juicio aprobatorio o condenatorio del Otro define la posición y la trampa fundamental de la neurosis, así como su duplicidad en materia moral. En lugar del Otro del deseo, el neurótico se asigna un Otro que lo enjuicia, resigna así su deseo y su ética en pos de ese enjuiciamiento ajeno. Incluso si permanece para él profundamente reprimido, el juicio del analista es buscado, es esperado, es solicitado. ¿Cómo se realiza el superyó en la neurosis sino a través de esa cesión al Otro del juicio sobre las propias acciones? El superyó, esa instancia moral contraria a la responsabilidad y la integridad ética, instancia que alienta la culpabilidad y refuerza la división subjetiva, en la neurosis toma la forma del juicio implícito, supuesto o esperado en el Otro. En algunos casos el analista es muy evidentemente tentado por el neurótico a coincidir con el superyó, en otros es menos explícito, pero no menos incitante (el caso del “buen paciente” da el ejemplo).

La política neurótica consiste, en resumidas cuentas, en sostener el ser en cuanto sujeto marcado por esa tachadura \$ que se manifiesta, o bien como división en el síntoma, o bien como *fading* del sujeto cuando se “cura” por el reconocimiento del Otro entendido como ab-solución, abyecta. Mezcla de obediencia y rebeldía interior, la neurosis aporta el más alto porcentaje al rebaño de quienes ceden

en el deseo. El neurótico fue el primero, el que más dócilmente respondió con “asociaciones” cuando la interpretación del analista lo invitó a hacerlo, pero no por eso es necesariamente el que llega más lejos en el análisis ni más decididamente accede al deseo del analista. Muchos psicoanalistas –por una suerte de hipnosis al revés– suelen considerarlo todavía el mejor analizante, a falta de admitir otros tipos clínicos entre sus analizantes.

## El analizante perverso

La posición del perverso, en el sentido lacaniano del término, es muy diferente de la del neurótico y se revela en los momentos álgidos del tratamiento. Conviene mencionarla porque es una coyuntura cada vez más frecuente en los consultorios del analista, y es importante saber reconocerla. En esos momentos candentes, el sujeto perverso zafa de la división subjetiva, es decir, de su síntoma, a su manera: buscando y, muchas veces, logrando producir el efecto de división subjetiva \$ en el Otro, ahora el psicoanalista. En sus realizaciones de fantasía y también en su vida cotidiana, suele valerse de esa maniobra fundamental para “curarse de” su síntoma. En su texto “Kant con Sade”, Lacan da esta indicación preliminar a todo tratamiento posible de un sujeto de ese tipo clínico: “Es que una fantasía es en efecto bien incómoda cuando no sabes dónde acomodarla, por el hecho de que está allí, entera en su naturaleza de fantasía que no tiene otra realidad que de discurso y que no espera nada de tus poderes, pero que te demanda, ella, que te pongas en regla con tus propios deseos”<sup>7</sup>.

Serge André, en su libro *La impostura perversa*, ha señalado muy bien que ya en el relato de su fantasía, el perverso inicia el pasaje al acto transformando el consultorio analítico en escenario de una fantasía ( $a \rightarrow \$$ ) que divide al *partenaire* que no esté en regla con sus deseos. Dividirse, angustiarse, eso puede ocurrirle al analista, y el perverso se alivia al producirlo<sup>8</sup>. Pero de ese alivio no resulta ninguna ganancia para su análisis. Aun si el analista puede admitirla provisoriamente, así como lo hace con las escapatorias de otros tipos clínicos,

7 Jacques Lacan, “Kant con Sade”, en *Escritos 2* (México: Siglo XXI Editores, 2005), 759.

8 Serge André, *La impostura perversa* (Barcelona: Paidós, 1995).

ha de tener en cuenta que la división subjetiva y la angustia deben ser reconducidas al analizante, que su deseo y su acto de analista se realizan, en cambio, en la destitución subjetiva.

Lejos, entonces, de buscar la aprobación del Otro, el perverso en el ejercicio de su fantasía intenta a menudo desquiciarlo, lo cual a los fines analíticos no tiene ninguna utilidad, sino como oportunidad de una maniobra de la transferencia que permita relanzar el análisis. En lo que hace al juicio del gusto, si ese relato excita o angustia, gusta o disgusta, no tiene la menor importancia, ya que lo decisivo es que la intervención del analista se apoye en un deseo ejercido desde la destitución subjetiva requerida para constituirse en *partenaire*, no de la fantasía sino del síntoma analizante. Y en cuanto al juicio teleológico, si el analista propicia la regla fundamental también en este caso, es porque está en la certeza de que su accionar, si es analítico, va en el sentido de liberar también al analizante perverso de las restricciones de la fantasía, que limitan su libertad, que inhiben sus posibilidades sociales y sublimatorias.

Esto explica retroactivamente por qué el perverso, cada vez con más frecuencia, consulta al analista y particularmente al analista que sabe diagnosticar su peculiar posición como algo bien diferente de la neurosis. La consulta del perverso se produce cuando el sujeto ha sido atraído por un deseo más fuerte que el que se satisface en sus performances de fantasía, cuando se ha dividido o se ha angustiado. La sublimación, por ejemplo, supone salir del escenario de la fantasía, exige un plus que no se satisface en ese marco fijo y restringido (Cf. los grafos del deseo en Lacan).

Por supuesto que para que ello sea posible, el analista no ha de condenar de antemano al perverso como un hombre malo, tampoco ha de tratarlo como a un neurótico para evitar emplear ese diagnóstico como un juicio condenatorio. El término “perverso”, que en el lenguaje vulgar es un poco más injurioso que otros, interesa profundamente al perverso, puesto que ha rechazado la “normalización” neurótica del deseo, que no es la única forma “normal” del deseo, pero es la más usual. Más del 90 % de los analizantes, al menos en Argentina, prefieren ser considerados “neuróticos”, es decir, buenos pacientes. Ya no es un término injurioso. Pero buena parte de la enseñanza de Lacan está destinada a liberar a los analistas del prejuicio de que el perverso es malo, que el psicótico es loco y que el psicoanálisis es solo para los neuróticos. El empleo del diagnóstico

en psicoanálisis no implica un juicio moral ni una etiqueta que estigmatiza, tampoco una indicación terapéutica, solamente una cuestión preliminar al tratamiento analítico. No ha de emplearse para segregar, sino como instrumento para alojar mejor a distintos tipos de analizantes y no solo a los que responden dócilmente a la interpretación.

## El analizante psicótico

El psicótico, por su parte, no pide ser enjuiciado, él mismo ya lo hizo y se juzgó radicalmente inocente si es paranoico (la culpa es del Otro), radicalmente culpable si es melancólico, y radicalmente ambas cosas si es esquizofrénico; en este último caso, no de un modo dividido, dubitativo, sino disociado, en la certeza cada vez —una certeza que no necesita de consistencia lógica ni de constancia en el tiempo para resultar radicalmente cierta, tan cierta como la que induce el significante en lo real que prescinde de toda mediación imaginaria, de toda necesidad de consistencia—. Al menos en su momento sintomático, el psicótico sostiene su deseo de existir fuera del lazo social. Incluso, el esquizofrénico que relata sus realidades contradictorias e inverosímiles no es tonto, no es demente, no es ciego al deseo y al enjuiciamiento del Otro; es lógico, es irónico, advierte que el efecto que produce en el Otro es de división o de angustia, y si en algunos casos insiste, sorprendentemente, en volver al análisis es porque apuesta a que el Otro lo escuche, incluso en las condiciones que propone su sufriente y extraña posición.

Pensar que en la psicosis no hay desarrollo de la transferencia es necio después de la cuestión preliminar planteada por Lacan y de las consecuencias que ella implica a nivel de una Escuela de psicoanálisis. Más bien conviene decir que el psicótico es abordable como sujeto cuando solo hay transferencia, cuando todas las posiciones subjetivas le están reservadas en ese momento de la entrevista en que la función de la palabra bascula hacia la presencia del oyente, cuando queda claro que si hay transferencia no hay intersubjetividad. El analizante psicótico, a menudo el más constante y decidido de los analizantes, es el que exige más radicalmente la deposición de la persona del analista. Pero también es el analizante que más radicalmente exige al analista pagar con su juicio íntimo. En efecto, exige ese pago con absoluta vehemencia y solo acepta al analista cuando este admite: 1) testimonios inverosímiles, que el propio psicótico sabe inconcebibles

en una realidad compartida; 2) usos neológicos del lenguaje y otros procedimientos desestructurantes del lazo social, en los que un decir se afirma como pasaje al acto, como des-enlace por fuera de todo código semántico o sintáctico compartido; 3) propósitos delirantes de redención, de gloria, de muerte, designios cuya nota de imposibilidad es exagerada hasta la caricatura por el paciente mismo.

Invitar a esa palabra fuera del discurso al método analítico, sintomatizar al sujeto de la psicosis, exige al analista entrar en una complicidad en el plano del ser que comienza por el pago de todo juicio de realidad, de gusto, de finalidad. Lacan señaló que el mejor modo de entrar (en un lazo social) es previamente salir de veras. Solo si el analista admite salir de la realidad compartida del discurso común, podrá volver al discurso analítico acompañado por el loco, que es el hombre libre. Recibir el hombre liberado de las ataduras sociales es angustiante para quien no tiene defensas muy fuertes como el psiquiatra experimentado, caricaturizadas por Lacan en su “Pequeño discurso dirigido a los psiquiatras”<sup>9</sup>. Puede ser angustiante también para el terapeuta que no está en regla con sus deseos, esos márgenes de libertad que le abre la estructura fallida en que asienta su ser.

## Particulares incómodos

Como habrán notado, apoyo mi elaboración clínica en algunos particulares: neurosis, perversión, psicosis, habría que añadir hombre, mujer, niño. Me opongo a la posición del conferencista brillante que invita *allouchar* contra las particularidades, contra las clasificaciones, contra todo clasificar, como si el psicoanálisis lo hiciera para vigilar y castigar. Puede tener sus razones personales para sostener ese adiós a la clínica. Por otra parte, hay mucho analista psicótico identificado al *master* que publica “estamos todos locos”. Ser loco, para él, es ser normal. Por supuesto que sabe que no es así para todos, conoce y selecciona a sus seguidores en la medida en que no son normales del mismo tipo que él. En la ciudad del discurso, solo el psicótico puede encarnar la figura legalmente abolida del amo antiguo.

9 Jacques Lacan, “Breve discurso a los psiquiatras”, en *Cercle Psychiatrique H. Ey, Sainte Anne* [10 de noviembre de 1967]. Inédito. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Prefero, por mi parte, pensar que la normalidad no es un valor analítico. A Lacan le sorprendía que hubiera gente que quisiera ser normal. Aun así, admitió que hay formas normales del deseo y que hay al menos tres modos sintomáticos de ser “normal”, es decir, de atenerse a la norma, por ejemplo, en su maravillosa clase del 12 de mayo de 1965, correspondiente al seminario *Problemas cruciales para el psicoanálisis*.

Y esto porque el síntoma no es “totalmente singular”, sino que es justo lo que tiene de típico (ni único ni de todos) lo que permite “atraparlo por las orejas” y ponerlo en el trabajo analítico. Esa tipicidad del síntoma está cada vez más disfrazada de singularidad *queer* por la publicidad dirigida del capitalismo, que se vale de las tecnologías como *big data* e inteligencia artificial para personalizar la información que reemplaza al saber y des-orienta al clínico. Para el analista, esa particularidad, esa tipicidad del síntoma está indicada, sin embargo, en su estructura misma de saber, de residuo identificatorio de ideales caídos, de pecados copiados de antecesores, de algún deseo reprimido cuyas consecuencias atraviesan generaciones.

¿Qué se encuentra, en lo que resta de la experiencia, del pasaje de la particularidad del síntoma cardinal del analizante como sujeto (sujetado, dividido o camuflado) al “ser fuerte y singularmente” que se realiza en el deseo del analista? Lo preguntamos en estos días en que la particularidad es considerada, al mismo tiempo, políticamente incorrecta y objeto de reivindicación, es decir, de enjuiciamientos de signos opuestos que seguramente repercuten en nuestra Escuela y propician, también allí, la *Verleugnung* del acto que debiera suspender tales juicios.

Pienso que el “pagar con el juicio íntimo” debería llevarse también a la Escuela del pase como para que allí puedan formularse preguntas sobre particularidades cruciales para la intensión y la extensión del psicoanálisis. ¿Es solamente desde la neurosis de donde procede la singularización de pase? ¿Y si no, es ese origen el que mejor se aviene al deseo del analista? ¿Cómo pensar lo particular en la psicosis del varón, que no cuenta con el relevo del padre en su posición de excepción? ¿Por qué la perversión vera y simple, no transitoria, que no se padece tanto por saber delegar la división subjetiva en el *partenaire*, por qué no se diagnostica en nuestra comunidad, ni se analiza entonces, menos aún llega al pase, salvo camuflada en la neurosis? ¿Cómo es que tampoco parece haber diferencia entre el recorrido analítico

del varón –cuyo síntoma expresa de su lado la división \$ entre el universal del varoncito “todo un hombre” y el orangután excepcional– y el de una mujer –cuya naturaleza fisiológica (sin pene pero no sin significante, *pas sans le signifiant*) la particulariza de entrada aunque como síntoma de Otro cuerpo, ofreciéndole una ex-sistencia diferente, con menos pretensión y fijeza de esencia, aliviada de las exigencias del universal fálico con su correlato estricto de castración–?

## Para terminar

Señalemos que la dificultad del analista en pagar con su juicio íntimo suele ser el desencadenante de la terminación de los análisis. Una vez que el analizante ha agotado todas las variantes de lo que incomoda al analista, de lo que en la intimidad del analista desbarata su defensa, el análisis se puede dar por terminado, si así lo decide el analizante.

La *físis*, lo que se manifiesta, ama ocultarse, decía Heráclito; lo que se calla ama manifestarse de otro modo, añade Freud. El juicio íntimo, esa instancia ética inherente al núcleo de nuestro ser electivo, no podría ser totalmente ignorado ni siquiera por el neurótico, el más exitosamente reprimido, el menos perceptivo de los analizantes posibles. Los gustos del analista, sus prejuicios inconscientes, sus vacilaciones sintomáticas, sus expectativas terapéuticas o didácticas respecto del fin y de las finalidades de la cura, aunque las reserve para sí, de todos modos, pueden ser advertidos y explorados metódicamente por el inconsciente analizante a lo largo de la cura. En psicoanálisis lo íntimo suele resultar éxtimo, lo que se disimula se comunica entre líneas, lo que se calla se repite, aunque más no sea por omisión, lo que aparentemente se oculta se señala sigilosamente. El inconsciente entiende el oxímoron y el silencio.

## Bibliografía

- Althusser, Louis. *Idéologie et appareils idéologiques d'État*. Paris: Les Éditions sociales, 1976.
- André, Serge. *La impostura perversa*. Barcelona: Paidós, 1995.
- Aristóteles. *Política*. Madrid: Gredos, 1988.
- \_\_\_\_\_. *Metafísica*. Madrid: Gredos, 1990.



- Freud, Sigmund. "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". En *Obras completas*. Vol. X, 1-118. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Gilson, Étienne. *L'être et l'essence*. París: Vrin, 1987.
- Kant, Immanuel. *Kritik der Urteilskraft*. Leipzig: Meiner, 2009.
- Lacan, Jacques. "Discours du 6 décembre 1967 à l'EFP". En *Otros escritos*, 279-300. Buenos Aires: Paidós, 2012
- \_\_\_\_\_. "Breve discurso a los psiquiatras". En *Cercle Psychiatrique H. Ey, Sainte Anne* [10 de Noviembre de 1967]. Inédito. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_. *L'éthique de la psychanalyse*. París: Seuil, 1986.
- \_\_\_\_\_. "La logique du fantasme". En *Autres écrits*, 343-348. París: Seuil, 2001.
- \_\_\_\_\_. "Kant con Sade". En *Escritos 2*, 727-754. México: Siglo XXI Editores, 2005.
- \_\_\_\_\_. "La dirección de la cura y los principios de su poder". En *Escritos 2*, 559-616. México: Siglo XXI Editores, 2009.
- Lombardi, Gabriel. *La libertad en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- Lombardi, Gabriel (Comp.). Singular, particular, singular. La función del diagnóstico en psicoanálisis. Buenos Aires: JVE Ediciones, 2009.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. *La ideología alemana*. México: Cultura Popular, 1974.
- Stein, Conrad. "The judgment of the psychoanalyst". *Interpretation*, vol. II, no. 1 (1968): 15-31.
- Sartre, Jean Paul. *L'être et le néant*. París: Gallimard, 1943.
- Winnicott, Donald Woods. *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa, 2007.